

vantándolo, y con él al universo entero, de la abyección en que cayera por el pecado. Estudiémoslo bajo este punto de vista, que mas y mas nos descubre las grandezas de Jesucristo, y sus títulos á la adoración y al amor de todos los hombres.

SEGUNDA PARTE.

El hombre, criado á semejanza de Dios, sentia en su corazón una atracción poderosísima hácia aquel de quien era imagen, una pasión verdadera de Dios, de unión íntima con él, y Dios mismo la alimentaba revelándole, según Santo Tomás, que llegaría á esa unión que habia de consumir su gloria por la Encarnación del Verbo (1). Pero el hombre, dice Tertuliano, se dejó llevar de una impaciencia desordenada por la consecución de ese término de su grandeza (2), aspiró á ser como Dios por usurpación, quiso conseguir su gloria por la oposición de su voluntad á la voluntad divina. Este desorden introdujo en la humanidad el ángel que en su orgullo se negó á adorar al Verbo que debia hacerse carne, cuando le reveló Dios este misterio como el medio de elevar hasta sí todas las cosas (3). Lleno de envidia por la preferencia dada á la naturaleza humana para realizarse esta unión

(1) Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi Incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ.

(2) Periit et ipse (Adam) per impatientiam suam utrobique commissam. (Tertul., *De Patient.*, cap. 5.)

(3) Suarez, *De Angelis*, lib. 5, c. 12.

personal de Dios con sus criaturas, y viéndose en castigo de su soberbia para siempre arrojado al abismo bajo el peso de la maldición de Dios, que le priva eternamente de toda participación de su bondad, se propuso corromper al hombre, y por él á todas las criaturas de la tierra, degradarle y hacerle indigno de esta unión, para privarle y privar al universo de la grandeza que se le preparaba. Hé aquí por qué infunde en el corazón y en el espíritu de los primeros padres esa idea y ese deseo de elevarse al término revelado, á la participación de Dios por medio de un acto de desobediencia; y susurrando en sus oídos esa palabra que tanto debia halagarles, porque les recordaba lo que el Criador queria darles, *seréis como Dioses* (1), los arrastra á su ruina, precipitándolos en el abismo del pecado, que es el alejamiento de Dios, la oposición á Dios para buscar en el miserable y limitado círculo de las propias facultades el secreto de la deificación. Desgraciado hombre, exclama San Bernardo: el ángel rebelde *servo infiel*, te persuadió á que alargases tu mano, y usurpando la diadema real, la pusieras sobre tu cabeza. Cogido en el hurto, ¿qué extraño es que temblases y que huyeses avergonzado de la vista de tu Señor? (2)

Desde este momento, Señores, á la distancia inmensurable que la naturaleza de cada ser establece entre el finito y el infinito, entre Dios y el hombre, se añade el abismo sin fondo del pecado que es la oposición á Dios, el alejamiento de Dios, á quien pecando dice la criatura:

(1) Gen. III, 5.

(2) Olim tibi persuasum est ab infideli quodam servo, ut furtim tolles, et imponeres regium diadema capiti tuo. Deprehensus in furto ¿quidni timeres? ¿quidni fugeres a facie ejus? (S. Bern., *Serm.* 1, *De Natio. Domini.*)

apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos (1). Al obstáculo que opone á la union de Dios y del hombre la desproporcion de ambos extremos, se agrega la mayor mil veces que opone el mal al bien, la degradacion y la culpa á la perfeccion y santidad infinitas. Para que pueda realizarse el plan divino es necesario expiar el pecado, destruirlo, reparar las ruinas del género humano, levantarle de su postracion, reconciliarle con Dios, y con esto disponerle á la comunicacion inefable de la bondad divina.

Ahora bien, ¿logrará el ángel rebelde lo que en su nécio orgullo se propuso? Precipitando al hombre en el pecado, ¿impedirá la realizacion del plan divino de elevar al hombre á la consumacion de su gloria? Ah, no, hermanos. El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, tomará á su cargo la restauracion de su obra, y aunque la naturaleza humana se haya corrompido, se unirá á ella, la levantará de su abyeccion, la santificará, y la encumbrará á la más sublime grandeza, haciendo que mas y mas brillen las divinas perfecciones en el cumplimiento de su eterno designio de comunicarse soberanamente á sus criaturas, cuanto mas alejadas se hallan de él y mas necesitadas de su misericordia. Por ello, á la revelacion del gran misterio del Verbo humanado para elevar al hombre, consumacion de la gloria que se le hizo antes del pecado, se añade el dia mismo de la caída la revelacion del mismo misterio para reparar las ruinas, para expiar el pecado, para reconciliar al hombre con Dios, para purificar (2) y restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (3), y llevar á su término el plan divino.

(1) Job. XXI, 14.

(2) Colos. I, 20.

(3) Ephes. I, 10.

A esta revelacion sucedieron otra y cien mas, y no solo el pueblo hebreo, corazon de la humanidad y depositario de las promesas, sino todos los pueblos esperaron la restauracion, y al Dios-hombre restaurador. En el fondo de todas las teologías y tradiciones, se descubre esta verdad consoladora, que alimenta con el deseo y la esperanza la gran pasion de Dios que siente la humanidad. Elevarse, engrandecerse, divinizarse, hé aquí la constante aspiracion del hombre. Ella le precipitó en el pecado, dejándose engañar: ella le degrada y corrompe, mientras por sí solo y por errados caminos busca el término: ella le salvará cuando Dios se digne bajar á la humanidad, y tomarla para sí mismo en union inefable.

Dios lo quiere, Dios lo hace y realiza ese gran prodigio, que San Pablo llama el Sacramento de la piedad (1); porque la Encarnacion del Verbo es la demostracion mas evidente de la bondad de Dios, que quiere comunicarse á su criatura, y de su piedad, que se complace de ella en su abatimiento, y desciende no solo á la infinita profundidad de la naturaleza humana de la divina, sino á la más profunda todavía de la naturaleza caída por la culpa. El Verbo, haciéndose hombre, no solo comunica á su criatura con liberalidad de amor lo que es de Dios, sino que toma para sí lo que es del hombre, se reviste de su carneace suyas las miserias humanas fuera del pecado (2), caga sobre sus hombros las deudas del hombre para destruir lo que le degrada y le aleja de su fin, y para enriquecerle con los dones inefables de su gracia y su amor.

(1) I Timoth. III, 16.

(2) Christus venit suscipere infirmitates nostras, et suas nobis conferre virtutes: humana quære, præstare divina; accipere injurias, reddere dignitates; ferre lædiareferre sanitates. (S. Joann. Chrysost., *Serm.* 50.)

Esta es la obra del Verbo hecho hombre, la obra de Jesucristo, segun nos la describe San Pablo. Escuchemos á este Apóstol. Desde la eternidad, prevista la caída del hombre, decidió Dios restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra por medio de su Hijo (1), por quien todo fué hecho (2), en quien todo subsiste (3), y á quien ha hecho heredero de todas las cosas (4). Llegada la plenitud de los tiempos, no por méritos que tuviera el hombre, sino por su misericordia, nos hizo salvos (5); es decir, por el infinito amor que nos tiene, envió á su Hijo hecho hombre en el seno de una mujer, y sometido á ley, para que con su sacrificio redimiese á los que estan bajo la ley del pecado, para que recibamos la adopción de hijos de Dios (6), y con ello seamos imitadores de Dios como hijos carísimos (7), creciendo en varones perfectos hasta llegar á la plenitud de Cristo (8), y hechos hombres nuevos, segun el modelo del segundo Adán (9), seamos santos é inmaculados en su presencia (10), y aparezcamos como una nueva creación (11), dilatados en la caridad por el espíritu Santo que se nos ha dado (12). Para llegar á este termino, continúa el Apóstol, Dios, por medio del Verbo hecho carne, reconcilia el mundo consigo (13), haciendo su Hijo pecado por nos-

- (1) Ephes. I, 10.
 (2) Joann. I, 2.
 (3) Coloss. I, 17.
 (4) Hebr. I, 2.
 (5) Tit. III, 5.
 (6) Gal. IV, 4.
 (7) Ephes. V, 1.
 (8) Id. IV, 13.
 (9) Coloss. III, 10.
 (10) Ephes. I, 4.
 (11) Gal. VI, 15.—Jacob. I, 18.
 (12) Rom. V, 5.
 (13) II Cor. V, 19.

otros (1), para que crucificado en él el hombre viejo, quede destruido el cuerpo del pecado (2). Hecho esto por el Verbo encarnado, que es nuestra paz (3) y el príncipe de ella, como lo anunciara el Profeta (4), y mediante la efusión de su sangre pacífica, vuelve al orden y armonía todas las cosas en el cielo y en la tierra (5), y lavado ya el mundo con la sangre del Cordero (6), y constituido en el orden cuanto la prevaricación desordenara, consuma la restauración, derramando su espíritu sobre el género humano (7), y en él sobre toda la creación elevada, estrechada, unida á Dios en la persona del Verbo hecho hombre; que dándonos el carácter de hijos de Dios, nos da derecho á llamarle Padre, y á esperar la posesión de la eterna herencia (8), y subiendo al cielo nos hace sentar y reinar con el mismo (9).

¡Cuán magnífica es, Señores, esta exposición del gran misterio, hecha por el Apóstol enviado á evangelizar las admirables riquezas de Jesucristo! ¡Cuánta bondad en Dios Padre! ¡Cuánto amor en Dios Hijo! ¡Cuánta grandeza para el hombre!

Hemos visto el designio; veamos el cumplimiento. Su historia es del Evangelio. El ángel del Señor es enviado á una Virgen desposada en Nazaret; su nombre María. María, esa criatura privilegiada, cuya alma es el paraíso de Dios, y que como semilla de la humanidad

- (1) II Cor. V, 21.
 (2) Rom. VI, 6.
 (3) Ephes. II, 14.
 (4) Isai. IX, 6.
 (5) Coloss. I, 20.—Ephes. I, 10.
 (6) I Petr. I, 19.—Rom. III, 25.
 (7) Joel. II, 28.—Act. Ap. II, 17.
 (8) Rom. VIII, 15, 17.
 (9) Ephes. II, 6.

fué reservada por Dios para la nueva obra, preservándola de la corrupcion primera. El Angel le dice: Ave, llena de gracia, el Señor es contigo, y tú eres bendita entre las mujeres. No temas, porque has hallado gracia delante del Señor. Concebirás, y darás á luz un hijo, y se llamará Jesus. Será grande, tendrá por nombre Hijo del Altísimo, y reinará eternamente. ¿Cómo se hará esto, dice María, puesto que yo no conozco varon? El Espíritu Santo vendrá sobre tí, responde el Angel, la virtud de Altísimo te cubrirá con su sombra, y por ello el Hijo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios. Dicho esto, el mensajero de Dios espera la respuesta de María. No se hace aguardar: ilustrada en su mente esta purísima criatura, lleno su corazon de amor divino, humillándose profundamente ante Dios, exclama: «Hé aquí la esclava del Señor; mi corazon se le rinde, mi voluntad es la suya; hágase en mí segun tu palabra.» (1) El Angel se retira, dice San Juan, completando á San Lúcas, el Verbo se hace carne: *Verbum caro factum est* (2).

Así se cumplen las profecías. Dios mismo vendrá y os salvará (3). Una Virgen concebirá, y dará á luz un hijo, y se llamará Emmanuel, Dios con nosotros (4). El Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra: la mujer rodeará al varon (5). ¡Oh dignacion admirable, exclama San Buenaventura, oh humildad suma, oh caridad inesperada, oh piedad pasmosa! Cuando el barro se une á Dios, el mas alto se hace el mas bajo, y el fuerte

(1) Luc. I.

(2) Joann. II, 14.

(3) Isai. XXXV, 4.

(4) Id. VII, 14.

(5) Jerem. XXXI, 22

se hace débil (1), Dios se hace hombre, dice San Agustin, para que el hombre se haga Dios (2). No dudes, concluye el Crisóstomo, no dudes, oh hombre, hijo de Adan, que serás hijo de Dios, porque no se humilló tanto el Verbo sino para levantarnos hasta él mismo (3).

¿Por qué, Señores, no obra Dios por sí solo este misterio y pide la cooperacion de María, esperando su consentimiento? Es, dice Santo Tomás, que esta union de las dos naturalezas con lazo indisoluble, es como un matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana, y requiere la concurrencia de dos voluntades (4). Es que Dios se une á una naturaleza racional y libre, y para elevarla hasta sí mismo, quiere que use ella de su libertad y de su razon. Es que el hombre, abusando de esta libertad, se alejó de Dios y se desordenó á sí mismo: apártate, dijo, me basto á mí mismo, no quiero la ciencia de tus caminos, no quiero entrar en tus designios (5); y ahora, para volver á Dios y unirse á él, debe desearle, someterse libremente á su accion, unir su voluntad á la voluntad divina. Héme aquí, soy tu sierva: ven, Señor, hágase en mí segun tu palabra; cúmplase en mí tu bondadoso designio (6). Por ello, en

(1) ¡Oh dignatio mira! ¡Oh humilitas summa! ¡Oh charitas inexpectata! ¡Oh pietas stupenda! Quando Deo unitur limus, summus fuit imus, fortissimus fit infirmus. (S. Bonav., *Serm.* 6 de Adv.)

(2) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus. (S. August., *Serm.* 9 de Nativ.)

(3) Dubitare jam desine quod et tu, qui filius est Adæ, futurus sis filius Dei, non enim se ipsum ita humiliasset, nisi nos esset exaltaturus. (S. Joann. Chrysost., *Hom. in Matth.*)

(4) Ut ostenderetur esse quoddam spirituale matrimonium inter Filium Dei et naturam humanam: et ideo per annuntiationem expectabatur consensus Virginis loco totius humanæ naturæ. (S. Thom., 3 p., quæst. 30, art. 1.)

(5) Job. XXI, 14.

(6) Luc. I, 38.

cuanto María, la única criatura pura y perfecta, y por lo mismo la única digna de representar á la humanidad cerca de Dios, pronuncia estas palabras, y entra en el designio y consejo divino, el Espíritu Santo, que en el principio dió fecundidad á las aguas en la creacion, viene sobre ella y la hace fecunda en su virginidad, el Padre envia á su Hijo, y el Verbo Hijo de Dios descende y se une en su seno á la naturaleza humana, se hace hombre, y cierra el gran círculo enlazándolo todo con su Criador (1). Como en la creacion del primer hombre toda la Trinidad Augusta en consejo consigo misma, dijo: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza (2); así ahora, dice San Ildefonso dirigiéndose á María, toda la Trinidad invisiblemente obra en tí esta maravillosa concepcion; pero solo la persona del Hijo toma carne en tu seno para nacer de tí (3). Llegados los días nace, y se llama Jesus, el Salvador, el mediador entre Dios y los hombres (4), el restaurador del universo, y en su nacimiento cantan los ángeles: Gloria á Dios, paz á los hombres (5). Gloria á Dios en la realizacion de sus eternos designios, en la consumacion de su obra, en la adoracion y homenaje que de todas sus criaturas recibe en la persona de su Hijo Dios y hombre. Paz á los hombres por su reconciliacion con el Padre, por su elevacion al órden divino, por la consecucion de las aspiraciones de

(1) Junxit se Verbum homini, id est, primum ultimo: in creatione enim homo fuit ultimo a Deo creatus, atque sic Deus, quasi in circulo ad punctum unde cœperat, Verbo creando omnia, per Incarnationem rediit, hominem jungendo Verbo. (Clictoꝝæus in Damasc. lib. 3, *De Fide*, c. 1.)

(2) Gen. I, 26.

(3) Tota invisibiliter Trinitas conceptionem operabitur in te: sola persona Filii Dei in corpore tuo nascitura, carnem assumet de te. (S. Ildefons., *Lib. de Virginit. B. M.*)

(4) Luc. II, 21.—I Tim. II, 5.

(5) Luc. II, 14.

su corazon, criado para Dios, que no puede ser feliz si no descansa en Dios (1), y que por Jesucristo se eleva á la union, á la posesion de Dios.

Resumamos, Señores. El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas (2), quiso elevarlas hasta sí para entregarlas al Padre, á fin de que sea todo en todas ellas (3), y esto hizo tomando nuestra naturaleza en la que todas se compendian, para recapitular en su persona, segun el designio eterno, cuanto hay en el cielo y en la tierra (4). Esta es la razon de la Encarnacion, modo supremo de comunicarse Dios á todo el universo, como bondad infinita esencialmente comunicable (5). Nuestra naturaleza, degradada por el pecado, que la habia corrompido, oponia un obstáculo á los designios especiales de Dios sobre el hombre, imágen y semejanza suya, y llamado á la union eterna con su Criador: el Verbo de Dios la toma para sí y se hace hombre, para redimirnos de la esclavitud del pecado y elevarnos á la adopcion de hijos de Dios (6), restaurándolo todo para que seamos como Dios. Este es el fin especial de la Encarnacion, que descubre el designio de la voluntad del Padre (7), llamado por San Pablo el Sacramento de la piedad divina (8).

(1) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. August. Confess., lib. 1, cap. 1.)

(2) Joann. I, 2.

(3) I Cor. XV, 28.

(4) Ephes. I, 10.

(5) Habes ergo hinc potissimam rationem Incarnationis ex bonitate divina erga universum, si potissima ratio est, quæ ex communissimo bono, utpote maxime divino, sumitur. (Cajetan. in D. Thom., 3 p., q. 1, art. 1.)

(6) Gal. IV, 4, 5.

(7) Ephes. I, 9.

(8) I Tim. III, 16.

Admiremos el misterio, hermanos: cantemos al Señor porque gloriosamente se ha engrandecido (1): cantémosle, porque ha obrado con magnificencia (2), y ha hecho cosas grandes, ostentando su misericordia de una en otra generacion (3). Repitamos con el Profeta: Oí, Señor, tu palabra, y temí: consideré tu obra, y quedé pasmado. Tu obra es, Señor, tu obra por excelencia (4). Con razon cantaron los ángeles: Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad (5); porque el Verbo, haciéndose carne, ha venido á pacificar al cielo y á la tierra, á Dios con el hombre (6), haciendo aparecer su misericordia, que nos hace salvos (7), y los tesoros de su gracia, que nos hace participantes de la divina naturaleza (8).

Al contemplar, pues, á Jesucristo, Dios y hombre, Dios hecho hombre y hermano nuestro, para que seamos nosotros hijos de Dios y una misma cosa con él, ¿será posible que nuestros corazones no se sientan dominados de afectos de amor, de gratitud y de adoracion? Cuando introdujo en el mundo á su Unigénito, dice San Pablo, mandó Dios á los ángeles que le adorasen (9). Unámonos á ellos; venid, adorémosle, y postrémonos ante él, porque es nuestro Dios (10). La adoracion que los ángeles le rinden, y le rendimos nosotros, redunda en honra nuestra, porque se dirige á honrar á nuestro Dios

- (1) Exod. XV, 1.
- (2) Isai. XII, 5.
- (3) Luc. I, 49, 50.
- (4) Habac. III, 2.
- (5) Luc. II, 14.
- (6) Coloss. I, 20.
- (7) Tit. III, 4, 5.
- (8) II Petri I, 4.
- (9) Hebr. I, 6.
- (10) Psalm. XCIV, 6.

y nuestro hermano. Bendigámosle, y accion de gracias resuene siempre en nuestros lábios, ofreciéndola á Dios Padre por nuestro Señor Jesucristo (1), mediador entre Dios y el hombre (2): accion de gracias por habernos dado á su Hijo movido solo de su infinito amor (3), y por los innumerables bienes que nos ha concedido por él, ya que con él nos ha dado todas las cosas, como dice San Pablo (4). Amémosle. Su caridad nos apremia á ello (5). Por amor se ha hecho como uno de nosotros: el amor, pues, nos estrecha con Jesus, para que seamos una misma cosa con él, venga á nuestro corazon con el Padre y el Espíritu Santo (6), y sea Cristo formado en nosotros (7), creciendo hasta el dia en que, asociados á los ángeles, le adoremos en el cielo y cantemos: digno es el Cordero de Dios de recibir sabiduría, virtud, fortaleza, accion de gracias, honor y gloria (8), porque nos ha criado, nos ha redimido y nos ha hecho reino para Dios (9). Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendicion, honor, y gloria y poder por los siglos de los siglos (10).

- (1) Coloss. III, 17.
- (2) I Tim. II, 5.
- (3) Joann. III, 16.
- (4) Rom. VIII, 32.
- (5) II Cor. V, 14.
- (6) Joann. XIV, 23.
- (7) Gal. IV, 19.
- (8) Apoc V, 12.
- (9) Id. IV, 11.—V, 9.
- (10) Id. V, 13.